

REVISTA
DE
SANTIAGO.

DIRECTORES

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

1872—1873

TOMO III

NUMERO I.

JULIO 1.º

LIBRERÍA CENTRAL
DE AUGUSTO RAYMOND
Calle de Huérfanos

IMPRENTA NACIONAL
CALLE DE LA MONEDA
Num. 46

SANTIAGO

REVISTA

SANTAGO

DIRECTORES

FAVOR VERIFICAR LA AUTENTICIDAD DE ESTE LIBRO

1873-1878

TOMO III

NUMERO I

JULIO DE

IMPRESION EN LA
DREJA DE LA IMPRESA

EDITORIA GENERAL
DE AGUSTO RAYMOND
CALLE DE SANTIAGO

SANTAGO

ir a dejar al señor presidente en su casa, i cumplimentarle inmediatamente despues del cabildo; i así se ejecutó, de que doi fe.—
Luis Luque Moreno.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

(Continuará)

RECUERDOS DE SCHILLER

EL GUANTE

Delante de la arena donde los leones deben combatir, está sentado el rei Francisco. A su rededor están los grandes personajes del imperio, i sobre elevados balcones las damas forman una brillante guirnalda.

El rei hace una señal; el retrete de los animales terribles se abre; un leon avanza a pasos lentos, pasea silenciosamente una mirada a su rededor, abre la boca, sacude la melena i se tiende sobre el suelo.

El rei hace una segunda señal: otra puerta se abre, un tigre salvaje sale dando un salto impetuoso. Al ver al leon, muje, ajita su cola, alarga su lengua, dá vueltas al rededor del leon lanzando un sordo murmullo, i despues se tiende a su lado.

El rei hace otra vez una señal: entónces el cubil vomita dos leopardos a la vez, que se arrojan con ardor sobre el tigre. Éste los toma entre sus poderosas garras: el leon se levanta mujiendo, en seguida se hace un gran silencio i los leopardos se tienden sobre el suelo sedientos de sangre.

En ese momento de lo alto del balcon, cae el guante de una hermosa mano entre el tigre i el leon.

La noble Cunegunda se vuelve hácia el caballero de Lorges i

le dice con aire burlon: «caballero, si vuestro amor es tan ardiente como me lo jurais a toda hora, id a recojer ese guante.»

El caballero desciende a toda priša, avanza con paso firme sobre la arena temible, i con mano atrevida recoje el guante de en medio de los monstruos.

Los caballeros, i las damas lo miran con sorpresa i terror, i cuando les lleva tranquilamente el guante, un elojio se escapa de todos los lábios. Cunegunda lo acoje con una mirada tierna que le promete una próxima felicidad. Pero el caballero, arrojándole su guante a la cara, le dice: «No quiero vuestro reconocimiento;» i la dejó al instante.

LA IMÁJEN VELADA DE SAÏS.

Un jóven a quien la sed de ciencia llevó a Sais, en Ejipto, para aprender la secreta sabiduría de los sacerdotes, habia recorrido rápidamente muchos grados del saber. Su espíritu inquieto lo impelia siempre mas allá, i el jerofante podia apénas moderar el ardor de su impaciente discípulo.

—¿Qué tengo, pues, exclamaba, si no lo tengo todo? La ciencia soporta acaso lo mas i lo ménos? Tu verdad es acaso como la fortuna, que se distribuye en partes desiguales i que posee mos en grandes o pequeñas sumas? Tu verdad no es una, una e indivisible? ¡Toma un acorde en una armonía! toma un color en el arco-iris! lo que te queda no es nada miéntras no reunas el conjunto de os sonidos i el conjunto de los matices.

Así conversaban en un silencioso i solitario recinto, en donde una gigantesca imájen velada atrajo las miradas del jóven. La contempló estupefacto i exclamó: «¿Qué es lo que hai tras ese velo?—La verdad.—¡Cómo! dijo, solo busco la verdad i es ella lo que me ocultan!—Alza ese velo con la ayuda de la Divinidad, respondió el jerofante. Ningun hombre, ha dicho, lo levantará sin mi ayuda. ¡I ai de aquél que con mano profana i culpable se atreva a arrancar ese velo sagrado, ese velo prohibido!—¡I bien?—Ese verá la verdad.

—¡Estraño oráculo! tú jamás lo has levantado?—¡Yó! oh! nó! jamás, i no me he sentido tentado.—No te comprendo. Si no

hai entre la verdad i yo mas que esa lijera cortina?... —I una lei hijo mio, prosiguió el sacerdote, una lei mas imponente que lo que tú puedas creer. Ese velo, lijero para tu mano, será pesado para tu conciencia.

El jóven se vuelve pensativo a su morada, la sed de saber le roba el sueño. Se dá vueltas con ardiente ansiedad sobre su lecho i se levanta a media noche. Con paso temeroso se dirige involuntariamente hácia el templo. Trepa con lijereza sobre el muro esterior i de un salto atrevido se lanza en el recinto.

Allí se detiene en medio de un terrible silencio, interrumpido solamente por el ruido de sus pasos. De lo alto de la cúpula la proyecta su luz plateada, i en las tinieblas del santuario la imájen velada aparece a la luz de ese astro nocturno, como un Dios visible.

El jóven avanza con paso incierto, su mano temeraria vá a tocar el velo sagrado; pero un súbito temblor ajita todos sus miembros i un brazo invisible lo aleja de allí.—¡Desgraciado! le grita una voz interior, ¿qué vas a hacer? Quieres poner a prueba la Divinidad? Ningun hombre, ha dicho el oráculo, levantará ese velo sin mi ayuda. ¿I ese mismo oráculo no ha añadido: Aquel que arranque ese velo verá la verdad?—Qué importa lo que haya allí detrás? escláma el jóven, yo quiero alzarlo, yo quiero verla.— ¡Verla! repite el eco burlon.

Dijo i alzó el velo. Ahora preguntadle lo que ha visto. No lo sé; al siguiente dia los sacerdotes lo encontraron pálido e inanimado, tendido a los piés de la estatua de Isis. La alegría de su vida desapareció para siempre. Un dolor profundo lo condujo pronto a la tumba, i cuando algun curioso importuno lo interrogaba:—Desgraciado, respondía, desgraciado de aquel que llega a la verdad. ¡Nunca podrá ser feliz!

CASANDRA

La alegría reinaba en el palacio de Troya ántes de la caída de las altas murallas de esa ciudad. Se sentian resonar los cantos de triunfo i las cuerdas de las liras de oro. Todos los brazos descansaban despues de un doloroso combate, porque el hijo de Peleopedia en matrimonio a la hija de Priamo.

Grupos adornados de laureles se encaminan solemnemente hácia la morada de los dioses, hácia el altar de Apolo. En las calles reina una loca alegría. Solo un ser permanece entregado a su dolor.

Abandonada i altiva, privada de todo goce en medio de la alegría jeneral, Casandra vaga a solas en el bosque de laurel consagrado a Apolo. Se retira al fondo de la selva i arroja al suelo su diadema de sacerdotisa.

«Todos se entregan al placer, dice, todos los corazones son felices, los ancianos padres aguardan i mi hermana viste ya su traje nupcial. Solo yo estoi triste porque los dulces presentimientos se alejan de mí, i veo que las alas de la desgracia se acercan a estos muros.

«Veo una antorcha que brilla, pero no es la de himeneo; veo un humo que sube hácia las nubes, pero no es el de los sacrificios; veo fiestas que se preparan, i en mi espíritu lleno de temores, escucho el paso del Dios que arrojará en medio de esas fiestas el lamentable dolor.

«I ellos se burlan de mis lamentos i se rien de mi ansiedad. Es necesario que lleve al desierto mi corazon lleno de congojas. Estos me rechazan, aquellos se burlan de mí. ¡Tú me has impuesto una pesada tarea, ¡oh Apolo, Dios severo!

«Por qué me has encargado de proclamar tus oráculos con un pensamiento lúcido, en una ciudad ciega? Por qué me haces ver lo que no puedo alejar de nosotros? La suerte que nos amenaza debe cumplirse, la desgracia que temo debe tener lugar.

«¿Será necesario alzar el velo que oculta una próxima catástrofe? Solo el error es la vida; el saber es la muerte. Retírame, ¡oh! retírame el don de las siniestras profecías que me has concedido. Para un mortal, es horrible ser el vaso de la verdad.

Devuélveme mi ceguera; devuélveme la felicidad de la ignorancia. Desde que tú has hablado por mi boca, no he vuelto a cantar con placer. Tú me has dado el porvenir, pero me robas el presente, me robas la felicidad de la hora que se desliza. ¡Oh! retírame tu engañoso favor.

«Desde que sobre tu triste altar me he entregado a tu servicio, no he vuelto a llevar sobre mi frente la guirnalda de las desposadas. Mi juventud se ha pasado entre lágrimas, solo he conocido el sufrimiento, i cada desgracia de los míos ha penetrado hasta el fondo de mi alma.

«Asisto a los juegos de mis compañeras; todos aman a mi alrededor, todos gozan de los dulces placeres de la juventud, solo mi corazón permanece afligido. En vano veo renacer la primavera que adorna la tierra. ¿Puede gozar de la vida aquel que ha penetrado en sus profundidades?»

Polixena es feliz en la embriaguez de su ilusión, porque espera ser la esposa del mejor de los griegos. Camina con altivez, contiene apenas su felicidad, i en sus sueños nada os envidia, Divinidades del cielo.

«I yo tambien he visto a aquel que el alma de esa jóven desea; sus bellos ojos están animados por el fuego del amor; yo querría irme con ese esposo a la morada de su padre, pero las negras sombras del Estijio se levantan entre él i yo.

«Proserpina me envia sus pálidos fantasmas: donde quiera que vaya, donde quiera que me detenga, los espíritus siniestros están cerca de mí. Veo su lúgubre cohorte en medio de los gozes de la juventud. ¡Espantosa vision! jamas volveré a encontrar reposo.

«Veo alzarse el dardo mortal i chispear el ojo del homicida. Ni por un lado, ni por el otro puedo escaparme de mi horror, no puedo desviar mis miradas; es necesario que contemplándolo, conociéndolo, vaya a concluir mi destino sobre una tierra extranjera.»

Su voz resonaba aun, cuando de súbito un rumor confuso se hace oír en la puerta del templo. El hijo de Telis ha muerto; la discordia ajita sus víboras, todos los dioses huyen, i las nubes de la tempestad se ciernen sobre Ilión.

HERO I LEANDRO

Mirad ese viejo castillo que los rayos del sol alumbran sobre las orillas en que las olas del Hellesponto se precipitan jimiendo contra los Dardanelos. ¿Escuchais el ruido de esas olas que se quiebran sobre la orilla? Ellas separan el Asia de la Europa, pero no separan el amor.

El dios del amor ha lanzado uno de sus poderosos dardos al corazón de Hero i de Leandro. Hero es bella i fresca como Hebe; él recorre las montañas, arrastrado por el placer de la caza. La enemistad de sus padres separa a esta feliz pareja, i sus amores están

en peligro. Pero sobre la torre de Sestos, que las olas del Hellesponto golpean sin cesar con impetuosidad, la jóven está sentada sola i mira las orillas de Abydos donde mora su mui amado. ¡Ah! ningun puente une esas orillas lejanas, ningun barquillo va de la una a la otra; pero el amor ha sabido encontrar su camino, ha sabido penetrar en los recodos del laberinto; da destreza al que es tímido, sujeta bajo su yugo a los animales feroces, unce a su carro los toros fogosos. El Estijio mismo, con sus nueve contornos, no detiene al dios atrevido: él roba una amante a la sombría morada de Pluton.

El excita el valor de Leandro i lo arroja sobre las olas con un deseo ardiente. Cuando los rayos del sol palidecen, el audaz nadador se arroja a las ondas del Ponto, las hiende con brazo nervioso, i llega a la tierra querida donde la luz de una antorcha le sirve de guia.

En los brazos de su amada el feliz jóven reposa de su lucha terrible; recibe la recompensa divina que el amor le reserva, hasta que la aurora despierta a los dos amantes de su sueño voluptuoso, i el jóven vuelve a arrojarse en las frias ondas del mar.

Treinta dias se pasan así; treinta dias dan a estos tiernos amantes los placeres, las dulzuras de una noche nupcial, los trasportes arrobadores que los mismos dioses envidian. No ha conocido la felicidad aquel que no ha sabido robar los frutos del cielo al borde horrible del rio de los infiernos.

La tarde i la mañana se suceden en el horizonte. Los amantes no ven la caída de las hojas, no observan el viento del norte que anuncia la proximidad del invierno; se regocijan de ver acortarse los dias, i agradecen a Júpiter que prolongue las noches.

La duracion de las noches era ya igual a la de los dias. La jóven, sentada en su castillo, miraba los caballos del sol correr en el horizonte. El mar silencioso i tranquilo, parecia un espejo purísimo, ni un soplo arrugaba su superficie de cristal; turbas de delfines juegan en el elemento cristalino, i la escolta de Tethys se eleva formando una larga línea negra, del seno del mar. Solo estos seres marinos conocen el secreto de Leandro, pero Hecate les impide revelarlo. La jóven contempla con placer ese bello mar, i le dice con voz cariñosa: «Dulce elemento, ¿podrias tú engañar? Nó, yo trataria de impostor al que te llamase falso e infiel. Falsa es la raza de los hombres, cruel es el corazon de mi padre; pero tú eres dulce i bondadoso, te conmueven las penas del amor. Yo estaba

condenada a pasar una vida triste i solitaria en estos muros aislados i a languidecer en un fastidio eterno; pero tú llevas sobre tu seno, sin puente i sin navecilla, al que yo amo i lo conduces a mis brazos. ¡Pavorosa es tu profundidad, terribles son tus olas! pero el amor te enternece, el valor te subyuga.

«El poderoso Dios del amor te ha subyugado tambien, cuando la jóven i bella Helle se volvia con su hermano llevando el toison de oro: arrebatado por sus encantos, la tomaste sobre las olas, i la arrastraste al fondo del mar.

«En las grutas de cristal, dotada de la inmortalidad, diosa, está unida a un Dios, se interesa por el amor perseguido, suaviza los movimientos impetuosos i conduce al puerto a los navegantes. Bella Helle, dulce diosa, es a tí a quien imploro, vuelve a traerme a quien amo por su gruta acostumbrada.»

Ya la noche cubre el cielo; la jóven enciende la antorcha que debe servir de fanal sobre las olas desiertas, al que ella aguarda. Pero el viento se levanta i muje; el mar espumea, la luz de las estrellas desaparece i la tempestad se acerca.

Las tinieblas se estienden en la superficie lejana del Ponto, i torrentes de lluvias caen del seno de las nubes; brilla el rayo, los vientos se desencadenan, las olas profundas se entreabren, i el mar aparece terrible i amenazador como la boca del infierno.

«¡Desgraciada! desgraciada de mí! esclama la pobre jóven. Júpiter, compadeceos de mi suerte ¡Ah! ¿qué es lo que me he atrevido a solicitar? ¡Si los dioses me han escuchado, si mi amante ha ido a entregarse a las tempestades de ese mar infiel!... Todos los pájaros huyen aprisa, todos los navíos que conocen la tempestad se refugian en las bahías. ¡Ah! sin duda el audaz emprenderá ya lo que ya ha emprendido tantas veces, porque es impelido por un Dios poderoso; i al dejarme me lo ha jurado en nombre de su amor: solo la muerte lo eximirá de sus juramentos. ¡Oh! a esta hora misma lucha contra la violencia de la tempestad, i las olas enfurecidas lo arrastran al abismo.

«Olas engañadoras, vuestro silencio ocultaba vuestra traicion. Estabais tersas como un cristal, tranquilas sin que nada os turbase i sin embargo ibais a arrastrarlo a vuestras pérfidias profundidades. Cuando él está ya en medio de su trayecto, cuando toda vuelta es imposible, desencadenais contra él vuestro furor.»

La tempestad se aumenta: las olas se levantan como grandes

montañas i mujiendo se quiebran contra las rocas, el navio de flancos de roble no escapa a su furor; el viento estingue la antorcha que debia guiar al nadador, el peligro está sobre el agua i sobre la orilla.

La jóven invoca a Afrodita; le suplica que apacigüe la tormenta, i promete ofrecerle ricos sacrificios, inmolar un toro con cuernos dorados. Ruega a todas las diosas del abismo i a todos los Dioses del cielo que calmen el embravecido mar.

«Escucha mi voz, sal de tu verde retrete, bondadosa Leucotea, tú que a menudo, en la hora del peligro, sobre las olas tumultuosas, te has aparecido a los navegantes para salvarlos! presta al que amo tu velo sagrado, tu velo de un tejido misterioso, que lo llevará sano i salvo fuera del precipicio de las olas.»

Los vientos furiosos se apaciguan, los caballos de Eos suben al horizonte, el mar recobra su serenidad, el aire es dulce, la onda risueña cae suavemente sobre las rocas de la orilla, i como jugando lleva allí un cadáver.

Sí, es él que ha muerto i que no ha faltado a su juramento. La jóven lo reconoce: no exhala una queja, no vierte una lágrima; se queda fria e inmóvil; en su desesperacion eleva los ojos al cielo i un noble rubor colora su pálido semblante.

«¡Ah! sois vosotras, terribles Divinidades: cruelmente ejercéis vuestros derechos, sois inflexibles, bien pronto ha concluido el curso de mi vida. Pero he conocido la felicidad i mi destino fué dulce; me consagré a tu templo ¡oh Vénus! gran reina, como una de tus sacerdotisas, con mi muerte te ofrezco gozosa un nuevo sacrificio.»

I de lo alto de la torre se precipita a las olas. El dios de los mares se apodera del cuerpo de la jóven, i contento de su presa continúa derramando alegremente las ondas de su urna inestinguible.

EL IDEAL.

¡Con que así, quieres alejarte de mí, infiel, con tus dulces fantasías, con tus dolores i tus goces; quieres huir con todos tus dones inexorables! ¿Nada puede detenerte, oh fujitivo?

¡Oh! tiempo dorado de mi vida! Nó, te invoco envano. Tú te precipitas en el océano de la eternidad.

Se han estinguido los bellos rayos que iluminaban el sendero de mi juventud; ha huido el ideal que llenaba en otro tiempo mi corazon embriagado! Ha desaparecido la feliz creencia producida por mis sueños, esa creencia tan bella, tan divina, se ha hecho presa de una grosera realidad.

Así como en otro tiempo Pigmaleon con un deseo ardiente abrazaba la piedra, hasta que las mejillas heladas de su estatua de mármol experimentasen una quemante sensacion, del mismo modo abrazaba yo con amor, con el ardor de la juventud, la naturaleza, hasta que ella comenzase a respirar, a calentarse sobre mi corazon de poeta.

Hasta que participando de mi ardor, encontrase una voz para responderme; hasta que comprendiese las quejas de mi corazon i me concediese sus besos de amor. Entónces el árbol, la rosa vivian para mí; la frente cristalina me cantaba una armonía, una cancion; hasta los seres inanimados se asociaban a los movimientos de mi vida.

Por un impulso todopoderoso, la universalidad de las cosas dilatava mi espíritu i lo arrastraba hácia la vida, hácia la accion i la palabra, hácia la imájen i la armonía. ¡Qué grande parecia el mundo, miéntras el fruto que aguardaba de él permanecia velado! Oh! que débil es el jérmen que ha salido, qué pobre el fruto que ha dado a luz!

Con cuánta audacia i valor el jóven, cuyo vuelo no detenia cuidado alguno, se lanzaba en la ilusion de sus sueños, sobre los caminos de la vida! Su vuelo lo llevaba hasta los astros mas elevados. Nada habia tan léjos, ni tan alto que su ala no pudiera alcanzar.

¡Con cuánta lijereza se sentia llevar hácia la felicidad mas difícil de obtener. Cómo veía balancearse delante de sí el risueño cortejo de la vida: el amor con sus dulces favores, la fortuna con su coraza de oro, la gloria con su diadema estrellada, la verdad con su brillo celeste!

Pero, ¡ah! en la mitad del camino todas estas imájenes infeas se retiraron de él i huyeron una tras otra. La felicidad se disipó; la sed de saber fatigó envano su alma sedienta, i las sombrías nubes de la duda se estendieron sobre el sol de la verdad.

Ví las santas coronas de la gloria profanadas sobre frentes vulgares, i en pocos momentos ¡ah! despues de una rápida primavera las bellas horas del amor desaparecieron; i se hizo un silencio ca-

da vez mayor sobre el áspero sendero del peregrino solitario. Apénas una pálida vislumbre de esperanza alumbraba aun su horizonte sombrío.

Después de haber perdido toda mi alegre escolta ¿qué me ha quedado en mis pesares? Qué me ha quedado para conducirme, a mi última morada? Tú, que curas todas las heridas, dulce i tierna mano de la amistad; tú, que divides con afecto la carga de la vida; tú, a quien he buscado desde mi juventud i a quien he encontrado al fin!

Sí, tú que te unes fácilmente a la amistad; que apacíguas como ellas las tempestades del alma, amor al trabajo, que jamás se cansa, que produce lentamente pero sin descanso; que para el edificio eterno no lleva, es verdad, mas que un grano de arena tras de otro grano de arena, pero que borra de la gran deuda del tiempo los minutos, los días i los años!

MARTINA BARROS BORGÑO.

JENERALIDADES SOBRE JEognosia

I

CRIADEROS MINERALES

El universo, en su principio, llenaba el espacio en átomos imperceptibles que gravitan sobre sí mismos, formando cada cual un mundo aparte, infinitamente pequeño. Estos átomos se agruparon después odedeciendo a las leyes de la mecánica universal. Estas diversas agrupaciones formaron distintos centros de atracción i de rotación que se resolvieron desde luego en otros tantos sistemas de cuerpos gaseosos, que por enfriamiento llegaron a licuarse i después a dividirse, i formar con el inmenso trascurso de los tiempos, inmensos mundos, grandes esferas ardientes, que poco a poco se enfriaron hasta solidificarse en la superficie, i talvez hasta su centro.